

halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que há tres días que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una patena.

Al pasar frente de la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba; que ahí la tenía, y además toda la ropa que había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dio por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traían presos á los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien había ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*, luégo *Usta* y luégo *Ex-celencia*.

Desde entonces tiene Doña Fortuna á su marido amilánado y metido en un zapato, y ella más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin tón ni són, al buen tun tun, á tontas y á locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo ciego, y alguna alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

FERNÁN CABALLERO

TRABAJO VENCE FORTUNA

Pues, señor, érase que se era en aquellos mismos tiempos en que sucedió la historia anterior, un mozo pobrete, huérfano de padre y madre, y recién casado con una mu-

chacha, sanota como una manzana, fresca como la primavera, inocentona si las hubo, alegre como unas castañuelas y buena como el pan. ¡Vamos! una bendición de Dios.

El mancebo aquél, que respondía al nombre de Pablo, era hombre de pelo en pecho, honrado á carta cabal, formal á pedir de boca, y cristiano viejo, ni carlista ni liberal, sino católico sin apellido, temeroso de Dios, devotísimo de la Virgen María, sumiso á las leyes y libre de la epidemia de odios, que en España llaman la política.

Demoraba la casita rústica pero coquetona de Pablo á un tiro de piedra del palacio grandote y de pésimo gusto levantado por aquel Juan mimado de la Fortuna. Pablo tenía en poco á esta presumida princesa; ni aun la saludaba jamás, y todos sus respetos y querer eran para la Providencia, una dama de alto coturno, de abolengo que se perdía en las brumas de la prehistoria, escondida como monja salesa y benéfica como Dios mismo.

Estaban una noche de invierno Pablo y su mujer, al remusgo de la lumbre, cenando en paz y sosiego, como Dios manda, unas magras con huevos, pan moreno y un cariñena de resucitar muertos, cuando sintieron tocar fuerte y repetidamente á la puerta.

—¿Quién va?

—¡La Fortuna que se os entra por casa! ¡Abrid pronto!

—¡Malhaya al acarandosaj y embustera! ¡murmuró Pablo entre dientes!

—¡Liberal! Daos prisa; no hay que cerrarle las puertas á la Fortuna. Las gentes bien criadas no hacen aguardar á una señora.

—¡Señora! cuchicheó el mancebo; jembra tan veleidosa como la veleta de la torre... ¡Allá voy! ¡qué impaciente es sumerced!

Puso de par en par la vetusta puerta de encina, y se adelantó una mujer, vieja, pintorrajeada de carmín, atavia-

da con pollera y justillo de diversos y no armónicos colores, y con una venda delante de los ojos.

—¡*Good evening*, gritó el esperpento, que hace años viene reservando sus favores á los que hablan inglés.

—¡Ave María purísima! replicó Matea, que así se llamaba la mujer, para servir al curioso lector de este cuento. Y tomando á la vendada por la mano, la llevó á una de las banquetas vecinas al hogar.

—Me ha dado la ventolera, dijo la huésped, arrimando los pies al fogón, de ser *filántropa* y *altruista*. Hace días acaudalé á Juan, vuestro vecino; ahora me diréis qué se os antoja para daros gusto sobre el humo.

—Dios se lo pague á sumerced, pero vivimos los dos tan ricamente.

—Y ¿con qué lleváis esa existencia tan venturosa?

—Le diré, señora. Esta heredó al morir su padre una cantarilla no grande, de barro, llena de dineros: unos ochentines, pocos; unas docenas de perras grandes y chicas y lo demás en ochavos de cobre. Con ello vamos tirando sin envidiar ni á Rey ni á Roque.

—¿Y cuando se acaben?

—La Providencia dirá.

La vieja, al oír el nombre de su aborrecida rival, se puso verde como hoja de col, y tanto, que dejó el rostro traslucir la lividez por sobre los afeites y menjerges y polvos que lo enmascaraban. Hubiera querido reventar en dicitorios, pero se contuvo y dijo con fingido reposo:

—Bueno es confiar, pero á Dios rogando....

—No miente sumerced á Dios, que ni aun cree en él, según lo que se ha hablado por acá.

—Dicen que la ocasiones calva, repuso la dama, y cuanadagio lo dice, verdad será. Hijos, del lobo un pelo; el ahogado de un espino se hace; voime, que á nadie puedo hacer venturoso contra su querer.

Y á tientas se marchó, dejando al matrimonio estupefacto.

Acostumbraban ellos enviar cada tarde, después de la cena, un mensaje á la señora Providencia. Ibase por un telégrafo sin hilos, con la ventaja sobre el de Marconi de no requerir costosos aparatos de transmisión y recibo. Pablo dictó la primera parte del mensaje: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"; y Matea, que como dueña de casa, tenía que preocuparse de la puchera, terminó: "El pan nuestro de cada día dánosle hoy."

El aerograma debió de llegar, porque á la aurora de un lunes el siguiente Marzo, llamó á la casa un sujeto de extraña catadura. Los cónyuges no eran madrugadores, y hacían rebién en no serlo: ¿á qué se levanta un hombre honrado á las seis y media de la mañana, cuando apenas apunta el alba, si no tiene nada en qué ocuparse?

Saltaron los dueños de casa del lecho, vistiéronse de prisa y salieron á recibir al importuno visitante. Era un hombre, como una torre, recio como cajiga montuna, de enmarañado cabello y barba. Vestía una camiseta, sin mangas, que dejaba al desnudo unos brazos como los del Hércules Farnesio y el arranque de un pecho prominente y velludo; calzones rodilleros, medias grises, alpargatas de cáñamo entre un par de abarcones de tarugos. Faja encarnada en la cintura, al hombro una barra de media arroba, una pala, un azadón. El rostro estaba tiznado, la voz era bronca, y sudaba el tío aquél como si estuviera en lo recio del verano.

—¡Buenos y santos! exclamó al ver á los dueños.

—¡Se los dé Dios! repuso Pablo. Síga, señor, que en esta casa, que es suya, nunca falta un asiento ni una taza de leche para los viajeros cansados. Y, ¡si lo está usted! Parece como si viniera del otro mundo, así llega de sudoroso.... vamos.

—Tiene cara de alguacil ó de enterrador, dijo al oído Pablo á su mujer.

—Tiene cara de un guapísimo mozo, repuso en el mismo tono Matea.

—No vengo del otro mundo, dijo el visitante; no de América, á donde no van sino los vagabundos de España, ni del cielo, ni del infierno, porque de allí nadie retorna.

—Pues, ¿de dónde, entonces?

—Del Paraíso terrenal

—¡Aprieta, Poncio! Pero eso debe quedar lejísimos; más allá de Almería y de los Madriles. ¿Cuánto va de allá á Pelandrín de Arriba, en cuya vecindad vivimos?

—Seis mil años, mil más ó menos.

—Yo decía leguas.

—Allá se miden los caminos por siglos.

—¡Qué barbaridad! Y diga usted, ¿en qué le puedo servir?

—¡Español habías de ser! Dios te bendiga. No sabes quién soy y ya me ofreces tus servicios.

—¡Como usted es mi prójimo!

—Pues bien: vengo enviado de la señora Providencia....

Marido y mujer se levantaron; él se quitó la gorra y ella se echó el mantón sobre la cabeza.

—Lo que os otorgó la señora alcanza hasta Octubre; vengo á daros qué comer en el resto del año y por lo que tengáis de vida.

—Bendita Su Sacra Real Majestad la señora Providencia, y ella se lo pague á Usía, señor don.... ¿Cuál es la gracia de su Excelencia?

—El tío Trabajo, pa... *es de mirar*

Suspensos estaban los cuitados esposos. Ni acertaban cómo aquella encumbrada Princesa les enviaba embajador á un rústico, más rústico que ellos, ni por qué el gañán se mostraba tan llano y los trataba tú por tú.

—¿Y dónde—preguntó Pablo—vienen los dinerillos que Su Alteza se digna mandarnos?

—No los traigo yo, están enterrados en el terruño, detrás de la casa; los has de buscar tú y topar con ellos; pero es preciso que, entre tanto, ésta se ocupe en ciertas y ciertas labores, sin las cuales tu esfuerzo resultaría inútil. Y empezó á sacar de los hondísimos bolsillos de los gre-

gruescos, á modo de funámbulo, las piezas de una rueca, una á una; husos de diversos tamaños, lino y cáñamo sin fin, agujas, tijeras, almohadillas, dedales y qué sé yo cuántas otras zarandajas. En un periquete enseñó á Matea el uso de todas aquellas baratijas, y se marchó con el marido al campo. Hízolo tirar de la barra y la azada; sudaba y jadeaba el infeliz, los brazos le dolían y se le iban desmayando, pero se sentía sostenido por el ansia de hallarse las peluconas que debían de yacer en paz debajo de los endurecidos terrones.

Un día y otro día, dirigido y estimulado por el inflexible Trabajo, Pablo redujo á polvo el suelo empedernido de la heredad; alzó caballones en medio de los cuales se alineaban los surcos empapados por el agua del arroyo vecino; plantó aquí el rubio trigo, allí las sabrosas legumbres, más allá árboles frutales, y arrimadas al muro recién hecho, muchas cepas de vid, de las que rinden el generoso caldo español, que va al mundo entero con los nombres de Madera, Burdeus y Oporto, falsificado por gabachos, inglesotes y yanquis; pero que

Ni me calienta el estómago
Ni me alegra el corazón;
Y en fin.... que para vinagre
Lo he vendido yo mejor.

¡Decir el gozo de Pablo y Matea cuando, á fines de otoño, vieron la despensa requetecolmada de trigo, cereales y frutas; la campana de la chimenea, adornada con los colgajos de jamones, pernils y salchichas. ¡Los chorizos picantes y apetitosos! ¡Las canastadas de huevos, de las gallinas del corral! ¡Y el vino, fresco todavía, pero puro, sin químicas de Londres, sin alcoholes franceses, sin mentiras alemanas! Sobraba para el año; se vendió lo superfluo y Matea se echó un refajo encarnado y un jubón azul y una mantilla negra, que hicieron trinar á más de una chacha.

¡Qué envidia tendrá Tomasa
Y qué rabia le dará!

Pablo estrenó calzón de paño pardo, calcetas enteras grises, zapato de cordobán, faja de seda, chaleco con botones de plata, chaqueta de terciopelo y calañés con plumas.

Se me había olvidado decir que el tío Trabajo le llevó á Matea una muchachuela, llamada Economía, para que le sirviese de compañera y ama de llaves. Era la susodicha una criaturilla delgaducha y enteca, descolorida como un cirio, pero con un par de ojazos brillantes como luceros en noche oscura.

La citada dueña no hacía oficio, y era una insigne ladrona que robaba á Matea cuanto ganaba; pero ladrona con remordimientos, que devolvía en ocasiones lo mal habido.

Que quiero comprar unos zarcillos y un collar, decía la mujer, y se hallaba con que la grandísima ratera de la Economía le tenía hurtados los reales. Que llegaba á la puerta una infeliz, relatando que sus hijos no habían comido en la semana, y el ama de llaves restituía con mucho gusto un par de pesetas. Si se trataba de ir al teatro de la fina vecina, á ver las aventuras de Polichinela, la hucha resultaba tan limpia como el justo; cuando era asunto de comprar el ajuar para el chiquitín que estaban aguardando, aparecía colmada.

Con lo que se ganaba siguiendo las instrucciones del tío Trabajo, y lo que no se gastaba porque la Economía no lo dejaba parecer, Pablo y Matea llegaron á lo que en Madrid se llamaría pobreza y en aquellas breñas pasaba por opulencia verdadera.

La Fortuna, que seguía enojada y rostrituerta, les jugaba cada semestre una partida morena; ya una granizada que no perdonaba flor en el huerto; ya una nevada á destiempo; ora una sequía que dejaba la tierra como garganta de maestro de escuela; ora un llover que entecaba los frutos en cierce. Mas, en casos así, la rueca de Matea

giraba hasta media noche, y la rapaza Economía se ponía más ladrona que nunca. Y allá se iba lo uno por lo otro.

Venían echando de ver los protegidos del tío Trabajo que la casona de Juan, el querido de Doña Fortuna, no se abría para nada; que los tejados y aleros iban derrumbándose, y las plantas viciosas invadiendo patios y corraladas.

Una mañana tropezó Pablo con un mendigo astroso, con más barbas que un capuchino, grises como tarde invernal, revueltas como bardal y sucias como conciencia de galeote.

—Vecino, ¿ya usted no me reconoce?

—Perdone usted, hombre, pero no hago memoria.... á ver.... ¡acabáramos! Usted es el señor..... Pero ¿qué le ha pasado, infeliz de Dios?

—Casi nada, como quien dice, me fié de esa loca de la Fortuna, gasté cuanto ella me dio, me endeudé además; la coqueta redomada se cansó conmigo y me volvió las espaldas. ¡Ea! vecino, una media pesetica para aquellas criaturas que están chillando de hambre y tiritando de frío.

Alzó Pablo los ojos y envió un silencioso mensaje á la señora Providencia y otros dos á los heraldos de la gran señora: el Trabajo y la Economía, y puso dos reales de á ocho en la mano de Juan

Desde entonces anda la Fortuna de capa caída en la estimación de las gentes de bien.

ALVAR ESCUDERO

